

LA OBRA TRASCENDENTE DE GALLEGOS ORTIZ

Jesús Rondón Nucete (*)

El 12 de agosto de 1978 circuló en Mérida el primer número del diario Frontera. Era el cuarto intento –afortunado éste– por editar en Mérida un diario. Con anterioridad, hubo tres iniciativas: la del poeta José Vicente Nucete¹, a mediados del siglo XIX con la hoja llamada «La Abeja» (cuyo primer número circuló el 15 de noviembre de 1858 y el último el 2 de junio de 1866); la de los hermanos Eduardo y Roberto Picón Lares, entre la tercera y cuarta década del siglo XX, quienes fundaron el 20 de agosto de 1925 «Patria» (que se mantuvo hasta el número 3.305 del 27 de septiembre de 1936); y la de la Arquidiócesis de Mérida, con «El Vigilante», iniciado el 20 de abril de 1924 por Mons. Antonio Ramón Silva y que con periodicidad diversa (quincenal, semanal, interdiario y diario) circuló hasta el 11 de diciembre del año 2.000 (fecha de su número 19.121). En los años setenta, cuando ya la conurbación Mérida – Ejido andaba cercana a los ciento cincuenta mil habitantes y más de veinte mil estudiantes se apretujaban en las aulas de la Universidad, a muchos le parecía extraño que una ciudad culta y beneficiaria de importantes asignaciones presupuestarias –que además se pretendía cosmopolita– no tuviera un diario, que sirviera de vocero a las aspiraciones de todos los sectores de la región². Entre quienes pensaban en el asunto se encontraba Rafael Angel Gallegos Ortiz, inquieto intelectual

(*) Abogado con estudios en Los Angeles, París y La Haya, profesor de Ciencias Jurídicas y Políticas de la ULA, autor de varias publicaciones.

1. “La Abeja” tuvo tres épocas: I. 30 números del 15 de noviembre al 28 de diciembre 1858; II. 45 números del 10 de enero al 8 de marzo de 1859; III. 74 números del 19 de febrero al 2 de junio de 1866. José Vicente Nucete también publicó un diario, llamado “La Barra”, para servir de órgano de los trabajos de la Legislatura de la Provincia durante las sesiones que tuvieron lugar entre el del 13 de octubre y el 15 de noviembre de 1860 (25 números en total).
2. La población del Estado Mérida, según el censo de 1971, era de 347.095 habitantes. Se concentraba en el área metropolitana de Mérida, en el Valle del Mocotíes, con centro en Tovar, y en la Zona Panamericana, en torno a El Vigía. La producción agropecuaria de las dos últimas regiones era de gran importancia y de allí su riqueza económica.

tovareño, de muy variadas iniciativas en su vida, cuya aventura vital llegaba a su momento culminante.

Infancia en Tovar y estudios en Caracas

En Tovar –un pueblo “de origen incierto, dudoso y hasta espontáneo” que “ni siquiera figuraba en la mayoría de los mapas” del siglo XIX– nació Gallegos Ortiz el 26 de septiembre de 1922, el menor de los hijos de una de las familias más distinguidas del lugar: “era muy ceremoniosa y apegada a las tradiciones”. Su abuelo paterno, Belisario Gallegos, fue médico en Maracaibo, graduado en Caracas; y el materno, Celestino Ortiz, del Táchira, fue general en los ejércitos de Joaquín Crespo. Sus parientes siempre estuvieron vinculados al periodismo y a las iniciativas culturales. Su tío, el padre José Ramón Gallegos, fue un fino poeta que emprendió no pocos proyectos (escuelas, periódicos) al tiempo que desarrollaba su labor pastoral en Tovar, Ejido, Mérida y Tabay.. Su padre, Belisario Gallegos, contador y periodista, como algunos de sus tíos – Jesús y Pepe Gallegos– figuraron entre los fundadores o colaboradores de muchos de los periódicos de Tovar. De manera que desde su infancia supo de letras y de imprentas. D. Belisario y su esposa, Ana Rosa Ortiz de Gallegos, con sus siete hijos – Consuelo, Ana Elena, Belisario, José Ramón, Luis Enrique, Ada y Rafael Angel– vivían en una casa de esquina de dos pisos a una cuadra de la Plaza Bolívar. Tenía jardín central y un gran solar. Sin embargo, no se trataba de una familia de mucha riqueza, como lo eran las propietarias de haciendas de café; mas bien de modestos recursos. Eran sí gentes cultas y muy educadas.

A comienzos del siglo pasado, Tovar era un pueblo de mucha importancia económica, pero de apenas unos miles de habitantes:

“ ...con calles empedradas. Ah! Algunas parecían caminos del Calvario ... Aquellas calles espantaban su melancolía, al pasitrote de los arreos de mulas venidos de los pueblos vecinos. Por El Vigía salían las cosechas hacia Maracaibo Por esa misma vía llegaban las mercancías importadas para surtir sus almacenes”.

Y muy alegre también. Ya eran famosas sus ferias (que se ha comprobado son las más antiguas del país):

“Las corridas de toros en las fiestas “septembrinas”, eran celebradas al igual que las procesiones de la Virgen de Regla. En Venezuela la reli-

giosidad y el paganismo siempre andan muy juntos. Pudiéramos decir que se han hecho hasta amigos. La bebida, los toros y el baile festejan a la Virgen. ... Las ferias tovarañas del ocho de septiembre, no tenían parangón en toda la Cordillera. En Tovar se reunía gente de todas partes”.

Pero, los años de la infancia fueron tristes para su familia. El padre, enfermo del cerebro, pasó encerrado los últimos años de vida en la pequeña edificación contra los temblores que existía en el solar. Y la madre murió en 1935 cuando todavía Rafael Angel era un niño de 13 años. El mismo confesó que cuando murió el padre –y seguramente desde antes– “vivimos de la caridad del hermano Belisario (que fue Presidente – muy progresista y de muchas obras – del Concejo Municipal de Tovar) y del tío Pepe”. Pero, los hermanos mayores trataron de alegrar sus días infantiles. En todo caso, conoció desde pequeño las alegrías del pueblo, que vivía sus mejores tiempos. Era, en efecto, para entonces, el centro de una de las regiones mas ricas del país.

Hizo sus primeras letras con la maestra más famosa del pueblo: Ananías Avendaño. Después pasó al Colegio “Miranda”, institución de mucho prestigio de la cual era director uno de los mas finos escritores de Mérida, D. Claudio Vivas. Al terminar la primaria lo enviaron, como a muchos jóvenes andinos de la época, al Colegio de Pamplona; pero, alérgico a la vida conventual desde la infancia, se fugó a Táriba, donde lo descubrieron sus parientes y lo obligaron regresar a Tovar. Por aquellos días se murió, por fin, Juan Vicente Gómez y este hecho cambió su vida. Se marchó a Caracas. Durante el viaje “me encomendaron al cuidado de Don Rafael Rondón, un anciano con cara de patriarca y piadosos modales – además había sido maestro de escuela”. Continuó los estudios de bachillerato en el Colegio salesiano de los Dos Caminos. Allí obtuvo su Certificado de Suficiencia de Educación Secundaria, luego de examen integral rendido en octubre de 1941, con calificación de 15 puntos. Mientras tanto, en la capital entró en contacto no solo con los amigos de su familia que ocupaban posiciones importantes, sino con los jóvenes que regresaban del exilio. A través de ellos conoció las nuevas doctrinas que movían al mundo y sobre todo los movimientos que surgían en toda América Latina. Por entonces, también, leyó los clásicos de la literatura y la política del continente.

Días después de terminar el bachillerato comenzó a estudiar Derecho en la Universidad Central de Venezuela. Al poco tiempo, ya conocía a los líderes políticos de entonces (compartía pensión con Domingo Alberto Rangel, quien se los presentó) y participaba en la organización de Acción Democrática; pero sin descuidar sus obligaciones académicas. En realidad siempre

consiguió buenas notas. Cada año aprobaba las materias del curso correspondiente. En las 18 asignaturas seguidas en los claustros de Caracas obtuvo promedio general de 15,1 puntos. Sólo en las del 5° Año (septiembre de 1945 a julio de 1946) fue menor: 13 puntos. Pero, debe tomarse en cuenta que aquellos fueron meses de gran actividad política, de los que difícilmente podía estar ausente. Por lo demás, Gallegos no se limitó a asistir a clases: frecuentaba las amistades de la familia, leía mucho, concurría a actos culturales y comenzaba a escribir. También se acercó a los escritores y los artistas. Se hizo un hombre culto. Para 1945 era uno de los dirigentes estudiantiles de A.D. y colaboraba en *El País*, su vocero oficioso. El 19 de octubre de aquel año, a las pocas horas de la caída de Isaías Medina Angarita, ya se le oía a través de la radio que se instaló en los sótanos de Miraflores. A pesar de su posición política ascendente, no se quedó en Caracas. El Partido lo envió a Mérida, uno de los pocos estados donde era un grupo minoritario.

El joven político

El nuevo rector de la Universidad de los Andes, Edgard Loynaz Páez (1945 – 1949), designado por gestiones de Alberto Carnevali, el jefe político regional, le propuso venirse a Mérida para organizar la Dirección de Cultura, creada el 30 de septiembre de 1946. La nueva dependencia debía agrupar algunos servicios existentes (como la Biblioteca y la Gaceta) y coordinar la realización de eventos: conferencias, cursos libres y sesiones de cine educativo. Se le confiaban también la formación de grupos culturales, así como la promoción de actividades deportivas. Debía, además, servir como una oficina de extensión de aquella Casa hacia la ciudad y la región. Gallegos aceptó la propuesta y regresó, por un tiempo, a la ciudad. Así, fue designado Director de Cultura – el primero en propiedad³– el 1 de febrero de 1947. El presupuesto del organismo era muy pequeño: apenas Bs. 20.710 (el 1,4% del presupuesto total que llegaba a Bs. 1.468.649) y estaba destinado al pago de sueldos y a cubrir algunos gastos (servicios y materiales) indispensables. Por eso, más que programar actos costosos (como la presentación de grupos o personas de otras partes), debía obtener la colaboración de instituciones y utilizar los recursos existentes en la localidad. No obstante, entonces comenzaron los contactos de la Universidad con entidades culturales extranje-

3. El 30 de septiembre de 1946 el Rector Loynaz Páez designó como Director de Cultura, con carácter interino hasta el nombramiento del titular, al Dr. Régulo Burelli Rivas, quien era Director de la Escuela de Derecho, donde dictaba la cátedra de Historia de la Filosofía del Derecho.

ras (como el British Council que envió a Mérida a dos profesores en mayo de 1947), así como la formación de personal⁴ y se mantuvieron los intercambios deportivos⁵. Entre quienes acompañaron a Gallegos figuraban, el Maestro José Rafael Rivas, quien venía trabajando en la creación de un Orfeón Universitario desde 1945, y Oswaldo Vigas, quien fue director del Teatro (desde abril hasta noviembre de 1947).

Apenas llegado, en enero de 1947 se matriculó como alumno en la Facultad de Derecho, para cursar las materias del 6º año de la carrera, que ya había comenzado en Caracas. Obtuvo en Mérida muy buenas notas: 18,4 de promedio. Terminados los estudios, presentó una interesante tesis “Inmigración y Tierras”, en la cual analizaba los efectos que la incorporación de gentes de otras partes podía tener en el desarrollo agrícola del país. Se trataba de uno de las primeras investigaciones sobre el tema, por cierto llena de cifras. Lamentablemente no fue publicada. Aprobada la tesis, recibió el título de Doctor en Derecho el 30 de septiembre de 1947. De inmediato, fue designado también Profesor de Derecho Internacional Público. Justamente por esos días el Consejo Universitario aprobó el proyecto de creación de una Universidad Popular que le presentaron el Vicerrector Luis Eduardo Arocha y Rafael Angel Gallegos. La intensidad de las luchas políticas y la crisis del sistema democrático en 1948 impidieron la realización de aquel proyecto que buscaba atraer a las gentes del pueblo a las actividades de la Universidad. Gallegos lo retomaría en los años setenta. De mucha más duración resultó otra de sus iniciativas. En mayo de 1948 promovió la escogencia, por concurso, del Himno de la Universidad. Obtuvo el premio la composición presentada por el maestro J. R. Rivas que todavía hoy se escucha en todos los actos de la vieja Casa de Estudios merideña.

Poco días después de graduado, el 2 de octubre de 1947, se casó con una muchacha de una conocida familia tovariana: Olga Castro Méndez. Para evitar los “regaños” del Párroco de Tovar, el padre Eliseo Moreno, adversario político de los adecos y quien además era su padrino, la ceremonia se celebró en Bailadores (con el padre Pernía). El matrimonio se estableció en Mérida. En las elecciones del 14 de diciembre del mismo año fue electo diputado a la

4. En 1947 se enviaron dos oficinistas becadas a la Biblioteca Nacional para hacer curso de biblioteconomía.

5. La primera “embajada deportiva” se envió a la Universidad del Zulia entre el 16 y el 20 de diciembre de 1946. Colaboraron diversas instituciones públicas, así como empresas privadas de Mérida y de Maracaibo. LUZ retribuyó la visita en enero siguiente.

Asamblea Legislativa del Estado por A.D. Al año siguiente ya era reconocido como el jefe del grupo de Raúl Ramos Jiménez (ARS) en la entidad. Pero la actividad universitaria y política quedaría cortada a unos meses después. En efecto, poco duró la primera experiencia democrática venezolana. Porque el 24 de noviembre de 1948 las Fuerzas Armadas derrocaron al gobierno del presidente Rómulo Gallegos, el primero elegido por voto popular en la historia del país. Unos días antes Gallegos Ortiz había tenido que salir en volandas de Tovar cuando la gente descubrió que el presunto “embajador” de Argentina que él había invitado y a quien se había homenajado en muchas casas era en verdad un estudiante caraqueño (de nombre Jorge Rodríguez Díaz) con habilidad para imitar el acento propio del país del sur. Para desgracia de ambos, el “embajador” perdió el acento porteño, luego de un largo brindis ofrecido antes de la cena de la tercera noche de aquella singular visita diplomática. En aquella época se combinaba el buen vivir con las más serias funciones académicas.

Comenzó entonces una época muy difícil para el joven abogado (tenía sólo 26 años) y para su familia. Al tiempo que nacían los hijos, desarrollaba una labor de oposición clandestina a la dictadura militar. Como resultado, se vio obligado a veces a alejarse de los suyos: estuvo preso en distintas cárceles, fue confinado a vivir en una ciudad oriental y al final salió al exilio. En 1949 estaba en Lagunillas del Zulia como asesor de los sindicatos petroleros. Para el trabajo clandestino usaba un nombre falso. A mediados de año desapareció de su casa Sin dinero, y cansada de esperar, su mujer se fue a Caracas y luego, con ocho meses de embarazo a Tovar, donde en septiembre de 1949 nació la hija mayor (Anela). Con un pasaje para viajar en avión que le consiguió Edilberto Moreno, regresó a la capital. En el aeropuerto Rafael Angel conoció a la hija que ya tenía dos meses. Por seis meses vivieron en varios sitios. Entre mudanzas y cárceles (estuvo preso en seis lugares diferentes) pasaron los dos primeros años de la dictadura. Estuvo en el Zulia, durante la huelga petrolera de mayo de 1950, y poco después el Gobierno lo confinó a vivir en Ciudad Bolívar. Allí residía su hermano Luis Enrique que, como en los tiempos de la infancia, lo ayudó a sobrevivir. Intentó ejercer su profesión y abrió un bufete. En Guayana nació en diciembre de 1951 el hijo varón (Rafael Angel). A mediados de 1952 volvió a Caracas, donde trató de mantenerse como abogado litigante. Esto le permitió conocer mucha gente en los sectores empresariales del país. En noviembre de 1953 nació la hija menor: Maricris. Entretanto, la persecución contra los dirigentes políticos arreciaba: algunos murieron asesinados y otros fueron secuestrados en campos de concentración. Por eso, con mucha frecuencia debía esconderse y cambiar de habitación.

Como otros luchadores políticos, el 1 de abril de 1954, fue extrañado del país con destino a Curazao. Poco antes, con motivo de la celebración en Caracas de la X Conferencia Interamericana de Cancilleres, se habían producido serios disturbios en distintos barrios de la capital. El exilio lo llevó primero a Barranquilla, de donde debió salir por indicaciones de las autoridades colombianas que atendían las solicitudes de la policía política venezolana que no quería opositores cerca de la frontera. Se fue Bogotá donde enfermó la esposa a causa del clima húmedo. Entonces pasó a Quito (tan fría, pero más seca) con una visa de comerciante, que le consiguió un amigo ecuatoriano. Allí vivió la pareja con sus tres hijos, por año y medio, con muchas privaciones. En Ecuador no se permitía trabajar, al menos oficialmente, a los exiliados venezolanos. Por eso, aunque escribía para periódicos, lo hacía en nombre de otros que le pagaban muy poco. En realidad, lo sostenía la familia que de vez en cuando le enviaba algunos dólares. En ocasiones, la penuria obligó a la esposa a vender hasta la ropa en el mercado público para poder comer. Disponía si de una amplia casa que compartía con otros exiliados (como Juan Bautista Fuenmayor). En 1956, para tratar de mejorar la situación, pasó a Guayaquil, donde sirvió de asesor de publicidad a políticos y empresarios importantes. Como en Quito, en su vivienda albergaba a otros venezolanos: José Manzo González y Héctor Vargas Acosta y sus familias. El aquel puerto ecuatoriano participó en la fundación de la revista "Vistazo",⁶ que es hoy uno de los más importantes medios de comunicación de aquel país. Y montó una agencia de publicidad ("20-20") que en 1958 comenzaba a tener éxito

Gallegos Ortiz recordaba con emoción los años pasados en Ecuador. A pesar de las dificultades económicas, aquel fue tiempo de preparación. Maduró como persona, escritor y político. Vivía entonces aquel país un paréntesis de estabilidad democrática dentro de su agitada historia. Tres mandatarios, de elección popular, pudieron cumplir sus respectivos períodos: Galo Plaza Lasso (1948-1952), José María Velasco Ibarra (1952-1956) y Camilo Ponce Enríquez (1956-1958); y también realizar una obra física importante. Se respetaban las libertades públicas. Le llamó la atención, la tolerancia que imperó, contra todo pronóstico, durante el gobierno de Ponce (católico, fundador del Movimiento Social Cristiano). En aquel ambiente propicio, siguió los acontecimientos en América Latina cuando el subcontinente parecía despertar. Apreció la política exterior independiente de Velasco, que se manifestó ante la intervención norteamericana en Guatemala, en junio de 1954,

6. La revista *Vistazo* fue fundada el 4 de junio de 1957 por Xavier Alvarado Roca.

para derrocar al gobierno revolucionario de Jacobo Arbenz (tema que trató varias veces en sus escritos). Al mismo tiempo, con la objetividad de la lejanía analizó la situación venezolana y meditó sobre su destino. Se hizo un hombre de diálogo y en contacto con los intelectuales amplió su cultura. Leyó mucho, se enamoró de la historia, se acercó al arte de la colonia. De esa época datan algunas de las páginas de los libros que más adelante publicaría. Agradeció siempre la hospitalidad de los ecuatorianos: recordaba que, en general, a los exiliados se les trataba bien. Una vez me confió que poco antes del regreso a Venezuela, las autoridades le habían ofrecido la nacionalidad, lo que le permitiría trabajar en el país.

El regreso a la patria

Caída la dictadura, en enero de 1958, Gallegos Ortiz regresó de inmediato a Venezuela. La esposa y los hijos lo hicieron en marzo, a bordo de un avión de la Línea Aeropostal Venezolana que trajo a un grupo numeroso desde Panamá. Se instalaron por un tiempo en Maracay y luego pasaron a Caracas. Antes de asentarse en una urbanización del Este, vivieron en casas y apartamentos de varios sitios. De inmediato, incursionó en la vida política y se acercó a los movimientos intelectuales que surgían con fuerza. Ese mismo año el rector Francisco de Venanzi (1958-1963) lo designó director de Cultura de la Universidad Central de Venezuela⁷. Su gestión aún se recuerda: ordenó la publicación de muchos libros, animó a los grupos de teatro, trajo a Venezuela a algunos de los más importantes artistas e intelectuales de la época (como Igor Stravinsky, Pablo Neruda, Pablo Casals) y presentó a agrupaciones de gran prestigio del mundo entero (como la Opera de Pekín). Envio al Orfeón Universitario al exterior y promovió la fundación de los bomberos universitarios. En aquellos tiempos aurorales, el Aula Magna de la Universidad se convirtió en el sitio donde se escuchaba la voz de todos los venezolanos y en el recinto donde se acogía a los invitados extranjeros de todas las tendencias. Allí le tocó recibir a políticos latinoamericanos importantes (como Juan José Arévalo y Fidel Castro). En el cargo, entabló larga amistad con personajes ya históricos, como el dominicano Juan Bosch y el mexicano Lázaro Cárdenas (quien por cierto lo invitó a su rancho, donde le hizo no pocas confidencias). De sus experiencias con aquellos hombres hizo

7. También sirvió, como Encargado, de Secretario de la Universidad. En tal posición logró resolver el problema de la reválida de los títulos obtenidos por muchos jóvenes exiliados en Institutos universitarios del exterior.

tema de escritos en periódicos y revistas. Se mantuvo en el cargo hasta 1964 cuando se separó por diferencias políticas con el rector Jesús María Bianco.

Durante aquellos años escribió en “El Nacional” (hasta que el gobierno de Rómulo Betancourt exigió la salida de los articulistas que simpatizaban con los grupos de izquierda) y publicó sus primeras obras: *La Universidad y la Libertad del Pueblo Dominicano* en 1959; *La historia política de Venezuela: de Cipriano Castro a Pérez Jiménez* en 1960 y *Garrote y Dólar*, 1964. *La historia política* (cuyo primer capítulo –“Venezuela hasta 1899”– es un resumen de nuestra historia desde la época colonial hasta la invasión de los andinos) es aún hoy en día un texto muy consultado por nuestros estudiantes. Participó en la lucha de algunos pueblos (como el dominicano y el guatemalteco) por su libertad, lo que le valió el reconocimiento posterior a su solidaridad. También mantuvo intensa actividad en la política del país. Apareció como firmante (al lado de Domingo Alberto Rangel, Simón Sáez Mérida, Gumersindo Rodríguez, Américo Martín y Jorge Dager entre otros) del documento (“A la dirección nacional y militancia del Partido Acción Democrática”) del 8 de abril de 1960 que dio origen al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, lo que después aclaró que no había hecho. También durante aquellos años trató de ejercer de nuevo su profesión. Abrió un bufete que esta vez sostuvo hasta el fin de sus días, aun cuando no estuviera en Caracas. Otros hechos cambiaron su vida personal. En 1963 se separó de su esposa y ambos acordaron divorciarse en 1967. Aunque ella ingresó a trabajar en la Administración Pública (hasta 1995, cuando se jubiló), contó siempre, como sus hijos, con todo su apoyo. En 1964 había conocido en la Universidad a una joven –María Artahona, de Caracas– con la cual se casó el 26 de octubre de 1968. Con ella viviría hasta su muerte. Quienes lo conocieron bien, dicen que era “sortario en el amor”.

A lo largo de aquellos años, combinó el trabajo en los tribunales, con la actividad política y las tareas del periodismo. En 1964 formó parte de Vanguardia Popular Nacionalista, un grupo que se separó de URD bajo la conducción de José Herrera Oropeza, cuando Jóvito Villaba decidió apoyar el gobierno del presidente Raúl Leoni. Y en 1965 se acercó al PRIN, organización formada por gente de izquierda que quería participar en las luchas democráticas: su amigo Raúl Ramos Jiménez era el presidente, y su antiguo condiscípulo Domingo Alberto Rangel el secretario general. En 1968 decidió apoyar la candidatura de Miguel Ángel Burelli Rivas del Frente de la Victoria (con URD, FND, FDP y MENI). Estaba muy vinculado al futuro canciller. Aquel fracaso electoral lo llevó a separarse de los viejos partidos de izquierda. Pero, Gallegos no dejó de preocuparse por los problemas del país.

Así, en 1969, publicó la monografía *¿Es Farsa la Revolución Académica?*, en la cual exponía su personal interpretación (muy crítica) de ese movimiento que entonces se iniciaba y que traería consecuencias de mucha trascendencia para las universidades venezolanas. A comienzos de los años setenta volvió a Mérida, llamado por su viejo amigo Ramón Vicente Casanova, electo rector de la Universidad de los Andes en 1972, para encargarse de nuevo de la Dirección de Cultura de la Institución. El regreso a Mérida, después de casi veinticinco años, lo animó mucho. Fue como un nuevo despertar en su vida.

En la Universidad trató de continuar con la labor de César Rengifo, Rhazes Hernández López y Oswaldo Vigas. Eran los tiempos en que la Universidad –máxima Casa de estudios superiores de la región– extendía su acción cultural a la comunidad. Se proyectaba más allá de la aulas y de sus egresados. Ponía sus recursos y los que a ella misma se le ofrecían desde otros países e instituciones al alcance de gentes de todos los sectores. Al mismo tiempo, acogía y apoyaba muchas iniciativas, así como las manifestaciones y la obra de los artistas populares. Gallegos mantuvo los programas existentes y emprendió algunos nuevos. De su gestión destaca el establecimiento de los Talleres Campesinos, centros ubicados en poblaciones del área rural donde existían notables expresiones de cultura popular. Llegaron a funcionar varios, como los de Cacute (en el Páramo) y Mesa de Las Palmas (en el valle del Mocotíes). Lamentablemente, los Talleres fueron cerrados más tarde. Durante esta época, publicó algunos libros en los que venía trabajando desde hacía tiempo: dos obras pequeñas de temas sobre los que volverá más tarde (*El escogido del Diablo* en 1975 y *El cachorro Juan Vicente Gómez* en 1976) y otras tres de mayor significación: *Cuentas y Cuentos de mi Pueblo* en 1974, *América paraíso de tontos* en 1975 y *¡Perros del mundo, uníos!* en 1978. El primero recoge los recuerdos de su infancia y adolescencia en Tovar. El segundo contiene las “confidencias” que un antiguo funcionario venezolano le entregó en el malecón de Guayaquil sobre la intervención de las compañías petroleras y del gobierno norteamericano (a cuyo servicio el imaginario funcionario se encontraba) en la vida venezolana. El último es una sátira (como las de los antiguos) sobre la injusticia humana: un “mamotreto” escrito por “un güino cabeza-caliente” –llamado “chuto”– que termina con un llamado a la rebelión de hombres y canes.

Pero, entre todas aquellas iniciativas la de mayor trascendencia fue, sin duda, la creación de una Extensión Cultural en Tovar. En julio de 1973 comenzó a funcionar en la antigua casa de habitación de Dña. María Elena de Mora (quien la facilitó gratuitamente) y en 1976 pasó al edificio del antiguo Mercado Público de esa ciudad, acondicionado especialmente en pro-

grama coordinado por la Municipalidad (presidida por Gerardo Febres Nucete) y la Gobernación del Estado (entonces en manos de Rigoberto Henríquez Vera). La Extensión absorbió al antiguo Taller Regional creado por Elbano Méndez Osuna⁸. Pero, el proyecto no se desarrolló en la forma inicialmente prevista. Luego la Universidad abandonó su Extensión tovariana. Por fortuna, la misma continuó desde 1978 como una dependencia del CONAC (la única que esa Institución mantiene aún en el interior del país). Con todo, de aquella Extensión surgiría uno de los movimientos culturales más ricos y variados del país, con representaciones de gran valor como el Grupo de Tovar (formado por algunos de los más notables artistas de la Venezuela actual), el Ateneo (bautizado después con el nombre de Jesús Soto), el Teatro Móvil Campesino (lamentablemente desaparecido después de ganar el Premio Nacional Juana Sujo), las Danzas Mocotíes y la Orquesta Sinfónica Juvenil. De manera que los resultados superaron con creces las expectativas iniciales. Tiempo después, el mismo Gallegos sería uno de los más entusiastas promotores de la Ruta del Arte.

Frontera

En esa época Gallegos Ortiz planteó también la necesidad de dotar a Mérida de un diario, lo que no resultó tarea fácil; pero, a la larga esa se convirtió en su obra más trascendente. La idea no encontró eco de inmediato en la ciudad. En verdad, los empresarios de Mérida carecían del espíritu que se requiere para enfrentar las empresas arriesgadas. Y poco se puede hacer en ese campo sin apoyo económico. La empresa requiere grandes inversiones y los gastos son muy altos. Por otra parte, los beneficios —que sin duda los hay— tardan en llegar. Gallegos Ortiz encontró pronto respaldo en viejos amigos: su paisano Rigoberto Henríquez Vera, periodista él mismo, para entonces gobernador del Estado; Edilberto Moreno, un influyente dirigente adeco; y Ramón Vicente Casanova, quien dejó el Rectorado en 1976. A la empresa se sumaron otros, como José Luis Guadua, dueño de un taller tipográfico; pero fue difícil convencer a quienes tenían mayores recursos. Sin embargo, al poco tiempo el esfuerzo tuvo un resultado inesperado: Benedicto Monsalve, un joven merideño recién graduado de abogado, de espíritu inquieto e innovador, de ánimo progresista, se interesó en el proyecto y puso

8. En 1969 el maestro Elbano Méndez Osuna fundó en Tovar (en el local del antiguo Hospital) el “Taller Regional de Artes”, dependiente del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA). En 1973 el Taller que ya llevaba el nombre del Maestro (fallecido ese mismo año), pasó a funcionar junto con la Extensión Cultural de la ULA.

en contacto a Rafael Angel Gallegos con una de las más importantes empresas constructora de Mérida (Constructura Manfredi C.A), cuyo presidente (Gino Manfredi), con mucha audacia, pero también con visión, se manifestó dispuesto a correr los riegos. La empresa se constituyó en mayo de 1977⁹. Los promotores obtuvieron un crédito de Corpoindustria y otro del Banco Industrial de Venezuela, con el cual adquirieron la vieja maquinaria del diario "Crítica" en Maracaibo (de la Cadena Capriles): una Harris V22 que se encontraba en muy malas condiciones.

El maestro Eduardo Franco Romero, ayudado por Jairo Sáenz (quien hoy está al frente de los talleres), armó y manejó la rotativa, lo que no resultó fácil por el estado en que se encontraba la máquina (la que después, no obstante, sirvió por más de veinte años). Y así, en agosto de 1978 el diario Frontera, comenzó a recorrer las calles y caminos de Mérida. R. A. Gallegos Ortiz figuraba como director. Los primeros titulares eran muy escandalosos
¡Uranio merideño cayó sobre Hiroshima!
¡Paulo VI eligió su propia tumba!

Claro: aquel año tanto en Venezuela como en el mundo se producían acontecimientos de enorme trascendencia. Luego de la muerte de Paulo VI, se escogió primero a Juan Pablo I y casi de inmediato a Juan Pablo II. En el país, cuando comenzaba la grave crisis económica que a la larga socavaría la fuerza de la democracia, se eligió a Luis Herrera Campins como Presidente. Después de un período de mucha calma, el mundo y el país entraban en una etapa de grandes transformaciones. Tocaría al diario recogerlas. Se redactaba, diagramaba y montaba en una quinta ubicada frente al Colegio de Médicos en la Avenida Urdaneta de Mérida, y temprano en la noche, las planchas se llevaban a Ejido donde se imprimía no sin dificultades en la rotativa instalada en un galpón de la Calle Fernández Peña, que con el tiempo se amplió para albergar junto a los talleres, las oficinas administrativas y los locales de los periodistas. Tiempo después se adquirió una nueva maquinaria, que permitió aumentar el tiraje y mejorar la presentación del periódico.

Al día siguiente de la publicación del primer número, Benedicto Monsalve y Gallegos Ortiz me invitaron a acompañarlos en aquella empresa. Me con-

9. La Asamblea Constitutiva de Ediciones Occidente C.A. se celebró el 2 de mayo de 1977. Eran accionistas: Rafael Gallegos Ortiz, Ramón Vicente Casanova, Benedicto Monsalve, José Luis Guadua y Venancio Torres Linares. Monsalve fue designado como Presidente y Guadua como Vicepresidente y se encomendó al primero presentar los documentos para el Registro Mercantil de la empresa, lo que hizo el 15 del mismo mes y año.

vertí así en una especie de asistente del Director y Miembro de la Junta Directiva de la Empresa (en la que ocupé por tiempo el cargo de Vicepresidente). Casi por un año, compartí con ambos y con los periodistas y trabajadores la muy dura tarea de fundar un periódico. No era nada fácil, porque los medios eran muy escasos. Apenas si se disponía de un teletipo, de manera que en ocasiones había que tomar las noticias de la radio o de la televisión, o inventarlas. Todos hacíamos entrevistas. Y muchas veces hasta redactábamos el horóscopo. Gallegos Ortiz colocaba el titular de primera página, muy llamativo. Recuerdo éste del 29 de junio de 1979:

Hace sesenta años

Un merideño mató a José Gregorio Hernández!

Armaba reportajes en minutos (algunos sobre temas históricos que firmaba con el seudónimo “Mocotíes”) y jugueteaba con el consultorio sentimental. En esos meses llegué a conocerlo bien: un hombre bueno y generoso, hasta el desprendimiento total. De grandes experiencias, de las que dejó constancia en muchas páginas, tenía también una imaginación con la que volaba mucho más allá de cualquier límite. De gran cultura, era un conocedor profundo de nuestra historia, letras y artes. Muy agradable, era un gran conversador. Cautivaba a sus amigos y enamoraba fácilmente a las mujeres. Pocos de quienes iniciamos aquella estupenda aventura quedan en la empresa. Algunas ya rindieron su tributo a la vida. Otros (como Mauro Dávila o Luis Carlos Benedetto) siguen activos, aunque en casas distintas. En Frontera continúa Carlos Páez, con sus diarias y magníficas caricaturas. Alguna vez le dije que la colección de ellas sería la mejor crónica periodística de la Mérida contemporánea. También están en los talleres Jairo Sáenz y Alfonso Martínez.

Rafael Angel Gallegos era bohemio y trashumante. Por eso, duró poco en Mérida, ciudad en la que, sin embargo, me confesó le gustaba vivir: en casa rodeada de árboles de los que cuelgan barbas grises, cerca de un pequeño río que se hace música permanente, abierta a hombres de pensamiento universal. En los últimos días de diciembre de 1978 se fue a Caracas a realizar algunas diligencias personales y otras del periódico: buscar publicidad y cobrar algunas deudas. Debía regresar a los pocos días, luego de las fiestas de Año Nuevo. Convine en suplirlo por lo que creía era una ausencia de corto tiempo. Regresó luego de varios meses, un poco obligado por la circunstancia de que, en aquel primer año del gobierno de Luis Herrera Campins, habría elecciones municipales (las primeras en los tiempos que siguieron a 1958) en las que yo encabezaría las listas de los copeyanos en el Municipio Libertador. Debía, por tanto, abandonar mi responsabilidad en el diario en junio de 1979. Volvió, pues, a la dirección de Frontera por algunos meses. Pero, no

estuvo mucho tiempo más. Creo que sintió que había ya cumplido su papel en la ciudad. Pienso que andaba siempre en busca de nuevas cosas para hacer. Ciertamente no era hombre de permanecer en un sitio dedicado siempre a la misma tarea que, por muy importante que fuera, se le hacía monótona. No lo toleraba. Entonces, aparecieron nuevas inquietudes y se interesó en otros proyectos. Y se marchó del periódico a mediados de 1980, esta vez en forma definitiva (aunque conservó su casa en Mérida por dos años más).

Otros Proyectos

Intentó fundar un periódico en El Vigía. Aquella ciudad, de mucho progreso y con productores de gran poder económico, carecía de un medio de comunicación. Aunque ya tenía cerca de cuarenta mil habitantes y era el centro de la zona panamericana del Estado Mérida (que llegaba a los cien mil habitantes) apenas si tenía una emisora de radio. Allí, contaba con el apoyo de Néstor Trejo, para entonces presidente del Concejo Municipal. Logró interesar al Cnel. Rafael Quintero Avendaño, de Mérida, y a D. Orosmán Rojas, ganadero y comerciante progresista, promotor de no pocas instituciones y empresas de la región, con quienes consiguió los recursos para iniciar la publicación de un diario¹⁰. El Cnel Quintero adquirió en los Estados Unidos una maquinaria usada (una Harris V 15) que pusieron a funcionar los fieles Franco y Saéñz. «Vamos», nombre escogido para el periódico, apareció el 21 de octubre de 1980. Gallegos figuraba como director y Ramón Díaz Suárez como Jefe de Redacción. No duró mucho. Sobraban voluntad y ánimo. Pero, pronto los promotores descubrieron que los dueños de las explotaciones ganaderas preferían el anonimato y que los comerciantes de la región todavía no creían en los efectos positivos de la publicidad. Ante el bajo rendimiento económico de la empresa (difícil de obtener en todo comienzo de este tipo), comenzaron las dificultades. Al poco tiempo no hubo para pagar a los trabajadores. La publicación se interrumpió en varias ocasiones.

Acosado por los reclamos, Gallegos dejó encargado del periódico a Nilson Guerra (su compañero en aquella aventura, aunque era apenas estudiante en Maracaibo) y se fue en busca de ayuda oficial. Pero, cuando en Maracay,

10. La Junta Directiva de Talleres Gráficos Panamericanos, la empresa editora, estaba formada así: Presidente: Orosmán Rojas; Director Gerente: Rafael Quintero Avendaño; Vocales: Néstor Trejo, Franklin Quintero y Rafael Gallegos Ortiz.

donde tramitaba un crédito en Corpoindustria se enteró que había estallado una huelga en la empresa, decidió poner fin a la iniciativa. Así, el periódico dejó de circular (luego de 356 números) a comienzos de marzo de 1982, antes del año y medio de fundado. La maquinaria, que fue siempre propiedad de Quintero, fue trasladada a Mérida, destinada a la impresión de otro diario. En realidad, no estaba preparado el terreno para la obra. Quedaba para el futuro y para otras gentes que al parecer ya han llegado¹¹, luego de más de dos décadas de aquella ilusión de adelantados. Después del fracaso de *El Vigía*, en 1982 Gallegos se fue a Barinas. Quería fundar allí un diario. Tenía buenos amigos y llegó a convencer a algunos empresarios. Pero, el proyecto no se concretó, aunque lo intentó por espacio de casi un año. Precisamente cuando desistió, otros tuvieron éxito y pusieron en la calle un periódico que todavía circula. En 1983 Rafael Angel Gallegos Ortiz regresó a Caracas. Para entonces la aventura merideña había durado más de una década. No le produjo muchas riquezas. Sin embargo, fue la más fructífera de su vida: se tradujo en la fundación de dos diarios, la publicación de cinco libros y la creación de una institución cultural. Además, le permitió conocer mejor la realidad del país, que nunca se aprecia bien desde la capital.

Poco a poco, desde comienzos de la década, se había ido acercando a su antiguo Partido, del que ya formaban parte algunos de quienes lo abandonaron en los años sesenta, cuando se produjeron las divisiones del MIR y del ARS. En 1983, con algunos de sus amigos fundó un grupo de independientes –“Nosotros también”– que apoyó la candidatura adeca de Jaime Lusinchi. Participó en la campaña electoral (e incluso, se acercó a algunos de los mitines que se celebraron en Mérida) y festejó el retorno de AD al gobierno. Sin embargo, la ilusión que en él provocó el triunfo del candidato duraría muy poco. Comprobó entonces que la democracia –que creía renovada– era una farsa y que, como antes, no gobernaba el pueblo. El poder realmente se encontraba en manos de unos pocos que rodeaban al que recibía los votos. Uno de los personajes de su última novela –que curiosamente es un tovaréño de nombre Jorge Villasmil– lo expresa así:

“Aquí lo único que hemos hecho es pasar del Gendarme Necesario al Cogollo Necesario. Antes era un Guzmán Blanco o un Juan Vicente Gómez quienes decidían por los demás. Ahora ni siquiera son los Partidos, sino el

11. El 23 de mayo de 2005 comenzó a circular el nuevo *Diario El Vigía* (editado por un grupo encabezado por Adrián Meléndez, como Presidente). Gabriela Osorio aparece como Directora y Beatriz García como Editora Responsable. Debido a la carencia de equipos suficientes en la ciudad, se imprime en la Editorial Bariquigua de Carora.

cogollo de cuatro o cinco mandamás que ... nos ponen a votar por quienes a ellos le da la perra gana” .

Disolvió el movimiento que había formado y se alejó en forma definitiva de los partidos. Ya no concurrió más a elecciones. Ni siquiera respondió a la invitación que se le hiciera para formular un plan nacional de cultura. A partir de entonces se dedicó a escribir y al ejercicio de su profesión. Con tal fin, en 1984 abrió una oficina en el centro de Caracas, que se convirtió también en lugar de reunión de sus paisanos.

En 1985 publicó *El Desafío de Bolívar o los olvidos de Arciniegas* para responder al libro del escritor colombiano (*Bolívar y la Revolución* de 1984). Se trata de una apasionada defensa del Libertador, a quien muchos temen aún en nuestros días. Años más tarde aparecieron otros libros que tenía en borradores, más o menos desperdigados desde tiempo atrás. Algunos de ellos habían sido ya anunciados en capítulos entregados en los periódicos en que colaboró. En parte, recogían sus experiencias personales, porque vivió con intensidad más de medio siglo de la historia democrática de Venezuela: *Los Presidentes se confiesan en el Infierno* en 1995 y *San Juan Vicente Gómez* en 1996. El primero, está formado por un conjunto de epístolas, en las que se habla de personas famosas de distinto tiempo y condición que se encuentran juntas en los espacios infernales. A través de ellas discurren la historia del mundo y de Venezuela. El otro es un escrito de protesta ante la erección de un monumento al dictador en Maracay. Con estilo panfletario, recuerda las características del gobierno gomecista y, especialmente, el terror que impuso en el país. Gallegos fue consecuente en esa posición: nunca fue indulgente frente al tirano ni aceptó la “comprensión” de sus actos por algunos de sus biógrafos. No participó en su reivindicación, o lo que él llamó la “moda de Gómez”

Los últimos tiempos

Desde su regreso a Caracas, escribió en “El Mundo” y en la revista “Bohemia”. En los largos reportajes que publicó en esa revista narraba experiencias personales, vivencias propias o de amigos, episodios de nuestra historia o de países cercanos, especialmente de América Latina. Después mantuvo una columna semanal (“escrito al trote”) en el diario “2001” que apareció hasta el final de sus días. La última entrega corresponde a la de la semana antes de morir. Allí escribía con pasión sobre temas muy variados. Opinaba sobre los problemas del país y del mundo. Y de temas variados: de literatura, de economía, de política. Hasta cinco días antes de morir –asaltado por una

repentina pancreatitis— se ocupó igualmente de los casos que se le confiaban a su bufete. Era un abogado responsable y de buen criterio jurídico. Por eso, tenía clientes importantes, lo que le permitía llevar en estos últimos tiempos una vida decente y hasta holgada, aunque sin mayores lujos. Lo consultaban mucho. No sólo sus amigos, sino importantes empresas nacionales y extranjeras.

En los últimos años, cuando la edad y las enfermedades lo habían minado bastante, aunque sin llegar a doblegar su espíritu siempre alegre, se mostraba preocupado por el destino del país. El, que era un hombre de pensamiento progresista (de izquierda, dirían algunos), no creía en la revolución que se pretende adelantar bajo el signo socialista. Basta leer sus libros para conocer sus razones. Sus columnas eran muy críticas frente a la acción del actual gobierno. Pero, más allá, temía mucho al establecimiento de una nueva dictadura. El mismo personaje mencionado antes (Jorge Villasmil) decía:

“Cuando los pueblos se cansan de estar acurrucados y de que los arreen, se alzan de verdad y viene la insurrección. Y cuando los fascistas ven que los líderes de los partidos ya no les sirven para sus negocios, entonces nos escoñetan con una dictadura fascista. ... Sin ir muy lejos allí está el ejemplo de Hitler”.

Embargado, sin duda, por esas preocupaciones, murió en Caracas el 15 de julio de 2005. Podría decirse que en el combate, hasta el final. Sin renunciar a la alegría de vivir y en la esperanza de regresar a la casa de Tovar. Sin buscar tampoco descanso final, porque no lo puede haber si se lucha por la justicia, tarea que ahora corresponde a los personajes de sus libros.

Libros de Rafael Gallegos Ortiz

La Universidad y la Libertad del Pueblo Dominicano. Mérida, Universidad de los Andes, 1959.

La historia política de Venezuela: de Cipriano Castro a Pérez Jiménez. Caracas, Imprenta Universitaria, 1960.

Garrote y Dólar, 1964.

¿Es Farsa la Revolución Académica?. Caracas, Tip. Croma. 1969, 64 p.

Cuentas y Cuentos de mi Pueblo. Mérida, Ediciones Ciudad de Tovar, 1974 (2ª ed: 2004?).

El escogido del Diablo, 1975.

América Paraíso de tontos. Mérida, Universidad de los Andes, 1975.

El cachorro Juan Vicente Gómez. Caracas, Editorial Fuentes, 1976.

¡Perros del mundo, uníos! Valencia, Vadell Hermanos Editores, 1978.

El Desafío de Bolívar o los olvidos de Arciniegas. Caracas, Editorial Domingo Fuentes, 1985.

Los Presidentes se confiesan en el Infierno. Mérida, Editorial Venezolana, 1995.

San Juan Vicente Gómez. Caracas, Editorial Gamo, 1996.

Fuentes:

Diario Frontera

Diario Vamos

Archivo Histórico de la Universidad de los Andes.

El autor agradece las informaciones que le fueron suministradas por las siguientes personas:

Maria Artahona de Gallegos, Rafael Ángel Gallegos Castro, Olga Castro, Edilberto Moreno, Rigoberto Henríquez Vera, Alfonso Ramírez Díaz, Nilson Guerra, Alcides Monsalve, María Elena de Mora, Iván Vivas, Iván Arellano, Néstor Abad Sánchez, Leopoldo Ramírez, Martín Morales y Delivrando Varela.